



Homilía en la celebración de clausura

(25 septiembre 2005)

La Eucaristía de clausura de un Congreso internacional, como este que hemos vivido, tiene que hablar a nuestro corazón de un modo profundo y grávido.

El tema del Congreso estaba centrado en la comunión (*koinonia*) y quería ser una síntesis de la vida cristiana a la luz de la *Regla de san Benito*, por no decir a la luz del monacato *tout court*. Ya sabéis que uno de los significados del término “monje” es: “uno”, en el sentido de “unificado”. Se deseaba tender, como ideal, hacia la unificación del corazón; los monjes apreciaban mucho el versículo del salmo 85,11: “Unifica mi corazón en tu santo temor”; o (en la versión litúrgica): “Mantén mi corazón entero en el temor de tu nombre”.

En la traducción griega de Aquila este versículo es traducido por ¡“dame un corazón de monje (*monachichon*)...”! El corazón “de monje” es el del creyente que lo lee todo (a sí mismo, a los demás, la historia), unificado en el santo temor de Dios. Percibimos todo lo que conlleva este concepto, que por desgracia muchos cristianos no comprenden bien, sustituyéndolo por el miedo a Dios, presente aún en cierta predicación que ha presentado un Dios justiciero o “policía”, que siempre te “observa” (en el sentido de un control severo). Muy diferente es el sentido de la estupenda meditación del salmo 138: “Señor, tú me sondeas y me conoces... (en hebreo es *jadà*, que es ¡el conocimiento amoroso!); distingues mi camino y mi descanso... Me estrechas detrás y delante, me cubres con tu palma”. Es el cuidado amoroso que tiene Dios para nosotros. El temor de Dios es toda la relación del hombre con Dios, es toda la experiencia de fe. La fe tiene varios grados, supone un largo camino que hay que andar, que va de la conciencia del *tremendum* de Dios (quitarse las sandalias y cubrirse el rostro: ¡Dios es Dios!), de la reverencia y del máximo respeto, hasta el *fascinatum* de Dios (Dios que nos atrae), subiendo hasta la unión del amor. He aquí porque Benito sitúa el temor de Dios como el primer peldaño (plataforma de base) para todo el camino de la humildad para conseguir la perfecta caridad. Aquí se encuentra verdaderamente el inicio de la sabiduría (Prov 1,7; Sal 110,10).

¡La unificación del corazón! De enorme actualidad para hoy; nos damos cuenta hasta qué punto resulta difícil hacer síntesis en nosotros mismos y en nuestras cosas; nuestra tendencia es verlo todo como “compartimientos-estancos”: vida espiritual, familia, comunidad, trabajo... He aquí pues el tema de las ponencias: ir a la escuela para aprender la comunión, empezando por nuestra familia, por nuestras comunidades concretas, para ensancharse progresivamente al lugar de trabajo, al mundo entero, al mismo cosmos.

Todo esto me parece maravillosamente resumido en el logotipo del Congreso, que remite a la visión de Benito al término de su vida: “*omnis mundus velut sub uno solis radio collectus ante oculos eius adductus est* – apareció ante sus ojos todo el mundo como recogido en un solo rayo de sol”. ¿Qué quiere decir? Gregorio Magno explica (y se trata de uno de los fragmentos más admirables de los *Diálogos* y una síntesis estupenda del camino espiritual): “*Videnti Creatorem angusta est omnis creatura...* – Para el alma que ve al Creador es pequeña toda criatura. Puesto que por minúscula que sea la porción de luz que percibe del Creador, se le hace insignificante todo lo creado, ya que por la misma luz de esta visión interior se ensancha el horizonte del alma y se dilata de tal manera en Dios que se hace superior al mundo: incluso el alma del vidente se eleva sobre sí misma. Y cuando en la luz divina es arrebatada sobre sí, se dilata interiormente; y en su elevación, al mirar lo que queda debajo de ella, comprende cuán poca cosa es; lo cual no podía comprender antes hallándose humillada a ras de tierra. ... El vidente, arrobado en Dios, pudo ver sin dificultad todo lo que estaba por debajo de Dios” (*Diál.* II,35).



Se trata de subir la santa montaña (“Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?”: es el salmo 14 citado por san Benito en el prólogo); y, en la contemplación de Dios (eucaristía, oficio divino, *lectio divina*, oración silenciosa), reencontrar en Dios todo: uno mismo, los demás, la historia, el mundo, el cosmos. ¡Qué gran ideal!

¿Pero quien puede conseguirlo?!

El profeta nos conforta: “Os purificaré... os llevaré a vuestra tierra...”. Apliquémosnos sus palabras: el Señor nos da un corazón nuevo. Si esto era verdad para los hebreos en el retorno del exilio lo es mucho más en la plenitud de significado (el sentido completo, “pleniore”) del NT. Nosotros hemos recibido verdaderamente un corazón nuevo. Porque “Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado”.

Y también para nosotros es válida la convocatoria de Jesús en el monte. Él, el Resucitado, a quien fue dado todo poder en el cielo y en la tierra (el *Pantocrátor* de las grandes basílicas) nos manda ahora también a nosotros a anunciar y hacer discípulos por todo el mundo. Él continua citando sus amigos al monte: henos aquí. El evangelista escribe “pero algunos dudaban”. Es la lucha de la fe, es la dificultad del seguimiento. No hay por qué sorprenderse. Los apóstoles habían asistido al mayor fracaso de la historia, habían visto la derrota de la cruz; era demasiado difícil creer realmente en la resurrección... Fue necesario el fuego y el poder del Espíritu Santo para disipar cualquier duda e introducirlos en la plenitud del misterio de Cristo muerto y resucitado. Pero la misma dificultad vale para nosotros. Hoy, como siempre a lo largo de la historia y quizá más que nunca, nos parece tan evidente el mal, surgen ante nuestros ojos tantas miserias y la derrota de la cruz. Pero Él, el Resucitado, está aún allí y, frente a nuestra duda y a nuestro desánimo, nos sonríe y nos anima: “Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo”. Él está presente, aquí, ahora, con el poder de su Espíritu. Que todos hemos recibido.

Queridos hermanos y hermanas, monjes y monjas, oblatos y oblatas, partamos de este monte simbólico (aunque aquí estamos en una llanura); vayámonos con el corazón nuevo anunciado por el profeta y realizado en la Pascua de Cristo, vayámonos nos a proclamar el amor de Dios en Cristo Jesús, fuente de comunión con todos y con todo. Amén.